

En la velada dedicada a Marcelo Cohen (1951-2022) y Sergio Chejfec (1956-2022), Un reencuentro, que se realizó en el Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas” el 17 de mayo de 2023, Sebastián Martínez Daniell se refirió a las figuras de los dos escritores y a la amistad que los unió. Les compartimos el texto leído en esa ocasión.

Marcelo Cohen, Sergio Chejfec: lo raro y la sonoridad total



Sebastián Martínez Daniell

Universidad Nacional de las Artes
sebastianmd@gmail.com

El segundo párrafo de *Un año sin primavera*, de Marcelo Cohen empieza así: «Esto, apuntes e historia, empezó a mediados de 2014 con un fastidio atrabiliario por el uso inicuo de las palabras; por la desidia de los profesionales y la narcosis simbólica de los usuarios». Y enseguida cita un diálogo, quizás imaginario, para denunciar estas malversaciones: «‘Es una película *rara*. ‘¿Rara cómo?’ ‘Y, es como *muy rara*’». Finalmente, Cohen remata el argumento del siguiente modo: «Un amigo me dijo que iba a negarse a seguir usando la palabra ‘*raro*’. Me pareció bien y empecé a imitarlo.»

Cuando *Un año sin primavera* estaba a punto de ser publicado, Marcelo me confió que ese amigo, aquel que había emprendido una cruzada personal contra la delicuescencia más bien haragana del significante “*raro*”, no era otro que Sergio Chejfec.

Me pareció significativa esa comunión, esa alianza entre dos escritores, dos amigos, que resuelven un día empezar a compartir la proscripción íntima de aquellas palabras que han caído en desgracia, víctimas de un envilecimiento que se presenta, al menos coyunturalmente, como irreversible. No cualquier palabra: *raro*, *rara*. ¿Cuántas veces habrán tenido que soportar Sergio, Marcelo, que su producción, sus escritos fuesen calificados como “*raros*”? ¿Cuántas veces debieron atravesar el calvario de esa reducción yerma e inconsecuente? ¿Y cuántas veces, ellos habrán transformado ese calvario en humor, cuántas se habrán reído juntos de esto? Quizá, pensaba yo a partir de esta decisión de quitar del léxico personal las palabras agotadas –por vacías y por exhaustas–, pensaba si acaso no podría, tal vez, pensarse la escritura de Marcelo y de Sergio como un espacio de rehabilitación del lenguaje, una rehabilitación eufónica, una ascesis no prescriptiva del sentido.

Pero recién empiezo y ya estoy alejándome demasiado del centro de la diana... Se me ha convocado aquí, en primera instancia, como editor. Como editor de Sergio y de Marcelo. De modo que antes que ninguna otra cosa, y a modo de presentación, voy a despachar las cuestiones fácticas y formales que justifican mi presencia en este sitio... Resulta que formo parte de Entropía, soy uno de los responsables de Entropía, la editorial que publicó cuatro de los últimos siete títulos de Sergio Chejfec y dos de los últimos cinco libros de Marcelo Cohen. Sigilo también venía publicando a Marcelo, su obra narrativa, en los últimos años. Gog & Magog, Excursiones y Malba Literatura también publicaron algunos de los últimos libros de Sergio. Somos todos estos editores, se puede decir, privilegiados. Gente con suerte.

MARCELO COHEN, SERGIO CHEJFEC: LO RARO...
SEBASTIÁN MARTÍNEZ DANIELL

Y creo que eso es casi todo lo que me corresponde decir como editor: una enumeración más o menos cáustica de la producción escritural de Marcelo y de Sergio que tuvimos el orgullo y el honor de llevar a la imprenta y, luego, a las librerías a lo largo de los últimos doce años. Quizá también pueda añadir algo –pero sólo algo– sobre los procesos de edición...

Editar a Sergio y a Marcelo era, por un lado, sencillo. Por otro lado, y esencialmente, iluminador. La edición comporta un tipo de lectura particular, una lectura recursiva, maníaca, directa primero y luego al bies, por momentos el sentido se subsume al sonido de la letra, luego regresa la semántica para imponerse con la fuerza de un meteorito. Algunos fragmentos, de tanto ser leídos y releídos, se hacen indelebles, se vuelven compañeros asiduos de la conciencia. Por ejemplo, estas líneas escritas por Sergio en “Vecino invisible”, el cuento que abre *Modo linterna*:

Habitar el mundo produce cansancio y melancolía, vivir empeora las cosas, y cuando notamos que nuestro sitio es impreciso y todavía más, indecidedo, nos rendimos sin ilusiones ni resistencia. Dentro de la ciudad no alcancé a ver a nadie en las calles. La única actividad era la de los semáforos, que titilaban en amarillo (Chejfec 2013).

O esta oración breve, contundente de Marcelo que también está en las páginas de *Un año sin primavera*, una oración que no me canso de repetir como un mantra, cada cuatrimestre, frente a mis alumnos:

Los poetas, algunos poetas, saben que el lenguaje es una búsqueda de afinación de la palabra que nunca acierta su temperamento (Cohen 2017).

Yo tuve, quienes trabajamos en Entropía tuvimos, la suerte de editar esas palabras. Los textos de ambos llegaban a nuestras manos con un alto nivel de elaboración, de argumentación, de posibilidades evaluadas y descartadas.

Con Sergio, por razones geográficas, el trabajo sobre los textos solía darse por correo electrónico. De modo que respondía por escrito a nuestras dudas o sugerencias. Las dudas se disipaban y las sugerencias o bien eran aceptadas sin más, o bien eran rechazadas de plano siempre con algún argumento intachable, o –lo que quizá era más habitual– eran aprovechadas por Sergio para seguir trabajando la escritura, agregando algo nuevo, invirtiendo la sintaxis, descubriendo un mejor modo de cernirse sobre la expresión. Esa es una característica que a mí jamás dejará de sorprenderme en su escritura: esa matriz epistemológica, ese modo de ir cercando el sentido con método, con ironía, con perspicacia, de retornar sobre el lenguaje para modificar la cosa, o la experiencia... Pero ya me estoy saliendo del cauce otra vez. Decía que para Sergio parecía estar muy definida, muy nítida una serie de detalles que podrían parecer menores. Por ejemplo, era muy enfático en señalar que algunas imágenes que acompañaban los textos debían conservar cierta falta de definición, un carácter difuso, aficionado, documental. O que los párrafos debían ir separados por un espacio y sin sangría. Pero delegaba algunos otros aspectos que suelen desesperar a la mayoría de los autores. El orden en que aparecerían unos cuentos, por caso. Eso no entraba en su jurisdicción: “Decídanlo ustedes”, nos decía. Y luego agregaba, con algo de picardía: “Pero después cuéntenme cuál fue el criterio de esa decisión”. Y en ese pedido que llegaba a la bandeja de entrada parecía haber –antes que una voluntad evaluativa– más bien una curiosidad elegante, una forma lúdica de descubrir el modo en que funcionaba el devenir o la dificultad intelectual del otro.

Con Marcelo, por su parte, nos juntábamos a trabajar. En la editorial, en su casa, en un bar. Poníamos delante los papeles, las impresiones subrayadas, la lista de asuntos que debíamos resolver y empezábamos a charlar. E inevitablemente el discurso, la atención, el tiempo mismo divergían, se entremezclaban; la digresión era inevitable y encantadora, pasaban las horas y nos divertíamos. Yo me divertía, al menos. Ni remotamente lográbamos atender todos los asuntos que nos acuciaban desde el texto. Algunas cosas sí, algunas dudas se resolvían, alguna frase se retocaba, algunas decisiones se tomaban: pero cada respuesta de Marcelo, cada razonamiento, era el inicio de una deriva, de una anécdota, de una precisión que abría un mundo. Esa es, me repito, una característica que jamás dejará de sorprenderme en su escritura, esa capacidad de alzar un mundo, o todos los mundos, sobre la proliferación del lenguaje, de hacerlos fulgurar y también de devastarnos ante el límite del texto, de encontrar la grieta en la palabra y de revelar su insuficiencia y, a la vez, su maravilla...

Pero quizá sea mejor que abandone este intento por hablar como editor de Sergio y de Marcelo. Porque creo que eso es todo lo que vale la pena decir sobre el –llamémosle–trato laboral, o profesional, que mantuve con ellos. Preferiría enfocarme en lo que de verdad resultó para mí relevante y transformador en la experiencia de editarlos, y de conocerlos: la impensable, inverosímil posibilidad que tuve de hacerme su amigo.

Y me apresuro a aclarar que no me considero en lo más mínimo un caso especial. Era muy difícil, me parece, no hacerse amigo de Marcelo, no hacerse amigo de Sergio. Tenían, creo, y voy confirmando a cada momento, infinidad de amigos. Porque eran –además de todo lo otro– dos seres medularmente generosos. En algún sitio, Roland Barthes se pregunta si el interlocutor perfecto, el amigo, no es aquel que construye en torno nuestro la mayor resonancia posible. “¿No puede definirse la amistad como un espacio de sonoridad total?”, dice Barthes. Algo de eso me pasaba cuando hablaba con Sergio o con Marcelo.

Con Sergio, por ejemplo, habíamos desarrollado una costumbre: cada vez que él venía a la Argentina, nos hacíamos un tiempo para vernos. Un rato, una hora y media, dos, no mucho más. A veces era un desayuno; otras, una cerveza o una copa de vino en algún bar sobre el final de la tarde, o a la noche; a veces –por supuesto– era una caminata.

El dos de enero de dos mil veintidós nos encontramos en un bar. Era tarde, casi medianoche. Algunas pocas horas antes, yo había sufrido el primer pico de hipertensión de toda mi vida. Por eso, aquella noche apenas si tomé una ascética limonada, sin siquiera azúcar. Sergio, en cambio, pidió una cerveza, la acompañó con maní salado, fue lúcido, como siempre, nos reímos, hablamos del sodio, me recomendó reducir el consumo de panificados y, por supuesto, de embutidos, de chacinados. El cardiólogo, unos días después, me dio consejos similares. Y agregó otro: debía empezar a caminar, me dijo el médico.

De modo que, a mediados de enero, unas dos semanas después de ver a Sergio, cuando él ya estaba de regreso en Nueva York y mi presión arterial seguía sublevada, resolví abandonar el sedentarismo e inicié una rutina más o menos estable de caminatas alrededor del Parque Centenario, un espacio verde, circular y variopinto que tengo la suerte de encontrar a unas pocas cuadras de mi casa. Este nuevo hábito derivó en otro más presuntuoso: escribir una bitácora de estas caminatas. Lo que también me llevó hacia Sergio. Porque –no la última sino la penúltima vez que nos vimos: el tres de agosto de dos mil veintiuno– él me había sugerido, justamente, escribir un diario. Desde ya que no se refería a mis caminatas por el parque, que todavía ni siquiera existían, sino a mi trabajo como editor, a través del cual habíamos cimentado nuestra

amistad. Me dijo que yo debía escribir, para luego publicar, un diario de editor. Rechacé la idea; puse todo tipo de objeciones. Sergio insistió un poco, sólo un poco, con mesura y agudeza. O, como escribí en forma anónima en la contratapa de uno de sus libros: con “una austeridad que no nos priva de nada”...

Pero las ideas germinan de modos extraños, impredecibles. Seis meses después de esa charla, y un par de semanas después de la cerveza y la limonada, empecé a llevar un diario. Un diario sobre caminar, empecé a escribir sobre caminar: ese arte que Sergio había llevado a su punto de mayor esplendor. En esa bitácora de caminante, el tres de abril de dos mil veintidós anoté, entre otras cosas, lo siguiente:

Ayer murió Sergio. Abro, ahora, de noche, cualquier libro suyo. O no, no cualquiera: el primero que le editamos, uno de cuentos. No creo que sea necesario subrayar nada. Donde sea que leo encuentro una reposada celebración del lenguaje, que se transforma en un puntilloso escrutinio del argumento, que a su vez deriva en un corolario apto para ser leído, de forma simultánea, en términos de ironía o de deducción. Y este efecto –u otros numerosos, estimulantes, inspiradores– brota párrafo a párrafo, relato a relato, libro a libro.

Y seguía esa entrada del tres de abril:

Hoy, por pudor, por respeto al duelo, por mis limitaciones, no quiero a mencionar mi caminata de hipertenso. Aunque claro que en estas páginas, en todas ellas, en la idea misma de centrar este diario en torno a un caminar específico, un caminar en círculos, sobrevuela Sergio. De hecho, esta mañana, cuando daba vueltas alrededor del parque, vi a una mujer que se había detenido frente a la enredadera que desborda el paredón del mural. Una enredadera con flores azules, una ipomea. La mujer, de pelo entrecano y gestos serenos, contempló unos segundos la planta, sacó el teléfono celular de su bolsillo y le tomó una foto. Una celebración de la experiencia, pensé. Esa voluntad de capturar de algún modo la experiencia sensible, de conservar o perpetuar lo percibido. Me pareció que el gesto de la mujer, e incluso mi propia actitud, mis ganas de contemplar y recordar la escena de esa detención frente a la enredadera, la cabeza de la mujer levantada hacia las flores azules de la ipomea, las canas, la cámara del teléfono apuntando por sobre el muro, y también su disposición corporal tranquila pero reconcentrada, todo, en definitiva, emergía o se consolidaba como un homenaje a la obra de Sergio. Un homenaje pobre quizás, el que yo podía organizar con los elementos a mano en medio de una mañana de domingo en Parque Centenario. Pero también un homenaje lleno de tristeza, de una aflicción oscura, estacionaria, que de a poco le va ganando espacio a la consternación.

Pasaron siete meses, o un poco más, y el 20 de diciembre, en ese mismo diario donde había escrito esto que leí recién, anoté, también en medio de una larguísima entrada:

A Marcelo lo vi por última vez en la Biblioteca Nacional. Le habían dado *La rosa de cobre*, lo vi bien, contento, muy cuidado por Graciela, rodeado de gente querida. Cuando me enteré de que le iban a dar ese premio le mandé un mensaje para felicitarlo: “Marcelo, querido. Qué bien esto de *La rosa de cobre*. Como se decía antes: ‘no cualquiera...’”

Me respondió: “Gracias, Bástian (porque a veces me decía así, solía entretenerse encontrando modos alternativos de llamarme). Gracias, Bástian. Es una satisfacción que no viene ajena a una sensación póstuma. Uno no tiene remedio. Menos mal que sí tiene amigos para hablar de no cualquiera a no cualquiera”.

Yo le dije, para seguir el hilo argumentativo: “Sí, Marcelo, hay premios que de lejos parecen cenotafios”. Pero enseguida le puse que no tenía que prestarle atención a esas cosas, que acababa de publicar un libro, que tenía un par más en camino: “La cosa –diríamos– sigue”, traté de animarlo. “En todo caso, qué ocasión para hacer un brindis”.

Me respondió: “Lo vamos a hacer pronto, sí”.

Y si bien es cierto que no hicimos el brindis, al menos nos vimos en aquel homenaje de la Biblioteca Nacional, nos abrazamos, charlamos un rato. Tenía un derrame en un ojo y se movía con bastón, pero yo me fui contento: Marcelo estaba bien. Yo lo vi bien. Nos despedimos en una de las explanadas laterales, la que mira a la calle Austria. Después él se fue a cenar en banda; yo volví a casa. Eso fue hacia fines de julio. El veintidós de agosto me envió, sin que yo se lo pidiera, una recomendación, un masajista. Siempre estaba atento a mis dolores lumbares. “Mal no me vendría”, le contesté. Pasó un mes, el diecinueve de septiembre le grabé un mensaje de audio para contarle un sueño: “Hola, Marcelo. Sólo paso por acá para contarte, o contarles, que anoche soñé, o esta madrugada soñé, que iba a tu casa. No llegaba a verte a vos. Pero sí iba a tu casa y, por la ventana –una ventana que en tu casa real no existe, una ventana que daba a una suerte de jardín delantero–, la veía a Graciela armando un árbol de Navidad, poniéndole luces a un árbol de Navidad. Y yo decía, cuando la veía a Graciela: ‘Claro, hoy ya es ocho de diciembre’. Y ella me respondía: ‘Sí, cuando hay nietos tenés que hacer estas cosas’... Hasta ahí el sueño, Marcelo. Así que no les llame la atención si en los próximos meses tienen noticias acerca de la progenie. Bueno, en cualquier momento nos veremos. Sólo quería contarte que tu familia se me apareció en sueños”.

Ese mismo día, por la noche, me contestó: “Buenas noches, Sebas... Descalabrante sueño el que me mandaste. Muy gracioso y muy curioso. Nos preguntamos con Graciela qué restos diurnos lo habrán provocado. Te agradezco mucho: es muy hermoso recibir un mensaje así. Ha sido un día muy bravo y mañana también, pero te quería dejar un agradecimiento por ese mensaje tan lindo. Mañana te escribo y vemos a qué hora podés hablar y te cuento más cosas. Un abrazo, buenas noches”. Le dije que sí, que habláramos, que hasta las cinco de la tarde estaba disponible, que después entraba a dar clases en la facultad. Al día siguiente, cumplidor, Marcelo me grabó:

“Buenas... ‘Sebi’ te voy a decir hoy. Nos quedamos pensando en el relato del sueño de ayer. Estamos los dos muy extrañados. Y la verdad que quería que habláramos hoy, pero se vienen poniendo tupidos los días. Te dejo este mensaje porque me dijiste que hasta las cinco ibas a estar localizable y yo más tarde podría hablar pero sería después de las ocho. Vos me dirás si te puedo llamar a esa hora o, si no, te puedo llamar mañana hacia las diez de la mañana o algo así. Decime qué te conviene y charlamos un ratito. Un abrazo fuerte”.

Yo le contesté que no había apuro, le describí –quién sabe para qué– mi agenda del día siguiente. Le propuse que habláramos a la tarde, o a la noche.

“Ok”, me dijo. Y fue lo último que me dijo.

Quiero decir, me parece pertinente decir, que “Sebi” es como me llaman en mi familia. Mi mujer, mi mamá, mi papá, mis hermanos, mis amigos más antiguos, los que me conocen desde la infancia: ellos me dicen así. “Sebi”. Y Marcelo también.

Escribí mucho más ese día en el diario. Pero no quiero solazarme en la torpeza ni en la autorreferencialidad. Voy a tratar de decir lo que quiero decir de un último modo... El asunto es que admiro a mucha gente. Y que tengo amigos escritores y amigas escritoras a quienes admiro con sinceridad, más allá del afecto. Con ellas y con ellos hemos vivido cosas juntos, compartimos proyectos y cenas, charlamos, nos reunimos en las terrazas, nos leemos y, por suerte, hablamos de muchas cosas que no tienen nada que ver con la literatura. Pero de todos ellos y de todas ellas, que son varias y

MARCELO COHEN, SERGIO CHEJFEC: LO RARO...
SEBASTIÁN MARTÍNEZ DANIELL

varios, quizá haya sólo dos por quienes siento –por afinidad, por cariño, por devoción estética, por un tema generacional y a riesgo de ser impertinente– una inmarcesible gratitud, una deuda insalvable que tiene su principal afluyente en las páginas que escribieron pero que se supo encauzar de la forma más noble hacia la amistad: ellos son Sergio Chejfec y Marcelo Cohen.

A ellos dos, gracias por la sonoridad total.

 **Bibliografía**

- » Cohen, Marcelo. 2017. *Un año sin primavera*. Buenos Aires: Editorial Entropía.
- » Chejfec, Sergio. 2013. *Modo linterna*. Buenos Aires: Editorial Entropía.